

Deporte omnipresente

Cerca de 40.000 personas corren el Maratón de Nueva York; es transmitido en directo a más de 315 millones de potenciales espectadores y unos 2 millones de animadores llenan ese día las calles de la ciudad. El partido de fútbol de la Champion's League entre el Liverpool y el Chelsea, retransmitido recientemente en directo y en abierto, obtuvo un máximo de audiencia, sólo en España de 8.489.000 espectadores. El presupuesto de Fórmula 1 ronda los 370 millones de euros para esta temporada. El presupuesto del club deportivo Real Madrid es de 318 millones de euros. El presupuesto de Cruz Roja española ronda los 426 millones de euros. Según un estudio realizado en Madrid, el 31% de los niños españoles quiere desempeñar trabajos afines con el deporte, seguidos de los relacionados con la seguridad pública (8,7%) y las ciencias (8%). En concreto, un 20,3% de los niños quieren ser futbolistas. Estos simples datos, parciales e incompletos bastan para poner de relieve el impacto del deporte, su importancia en múltiples facetas de nuestra vida y su prácticamente inevitable omnipresencia.

Al término deporte le damos el significado de recreación, pasatiempo o ejercicio físico, practicado tanto individualmente como por equipos y con o sin competición: cuando se practica con el fin de superar una marca establecida o de vencer a un adversario en competición pública y sujetos a ciertas reglas. Así, en el deporte confluye el ocio, el ejercicio

físico, la superación personal, el trabajo en equipo, la competición, el sometimiento a las reglas y una dimensión pública que hacen de él algo imprescindible y casi omnipresente en nuestra vida diaria, en la educación, en la política, etc.

Practicar el deporte

La Constitución de la Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud como un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades. El concurso del deporte a tal fin, parece evidente. El ejercicio físico puede contribuir al bienestar físico, y su práctica ya individual o en equipo puede ayudar a nuestro bienestar mental y social. Es cierto que hubo un tiempo en que la práctica del deporte estaba reservada al ocio de las clases más pudientes; hoy, al menos en los países del primer mundo, ya no es así.

En cualquier caso, se recomienda la práctica deportiva, a los más jóvenes para un desarrollo integral, para aprender a colaborar en equipo, para aprender a superarse, para un conveniente encauzamiento de la competitividad, para aprender a respetar las reglas y al rival y para aprender aquello de que es más importante participar que ganar. A los menos jóvenes, como forma de prevención de ciertas enfermedades y para mantener el bienestar físico, como forma saludable de llenar el ocio, como forma de relacionarse con los demás y con el medio ambiente.

Siendo tan amplios los fines es lógico que unos deportes fomenten más unos fines y otros deportes fomenten más otros. Así, el rugby fomenta el trabajo en equipo; en el montañismo se aprende la superación personal, el compañerismo y el amor por la naturaleza; en el judo se refuerza la coordinación propia, el respeto por el rival y la no violencia; en las distintas modalidades del atletismo, se fomenta la disciplina, la concentración, y la superación personal. La lista positiva sería interminable, aunque no siempre la práctica del deporte resulta tan beneficiosa. En ocasiones se pervierte y lo que era superación personal degenera en obsesión o en egocentrismo, el trabajo en equipo se convierte en lo que otros hacen para el lucimiento de unos pocos, el amor por la naturaleza degenera en la destrucción del medio ambiente, el respeto de las reglas y del adversario acaba en la trampa y la mala educación y al final no falta quien acaba a menudo más pendiente de lo que viste y del material que emplea que del disfrute de la actividad deportiva misma.

Deporte y valores

El conocido lema olímpico, ser más rápido, más alto y más fuerte que algo o alguien, pone de relieve el evidente aspecto competitivo que tiene el deporte. Si bien podemos practicar deporte sin necesidad de competir, es en la competición donde alcanza su máximo exponente. Más que una marca propia, en cuyo caso la competición es contra uno mismo: la superación personal. O más que una marca ya establecida o más que otro equipo u otro deportista en cuyo caso hablamos de competición: en igualdad de condiciones y bajo unas reglas aceptadas nos medimos para ver quién es más rápido, quién salta más alto, quién llega más lejos... quién es mejor. Es una forma de sublimar la lucha por la supervivencia, la máxima expresión carente de violencia del enfrentamiento, de la pelea por averiguar quién es el mejor. Aspecto éste de la ley de la selección natural del que tampoco el hombre parece poder escapar y en donde hunde sus profundas raíces la pasión que, con tanta frecuencia, despierta el deporte en muchos.

La práctica del deporte permite participar a la multitud, no sólo como agentes activos —deportistas profesionales o aficionados—, sino también como espectadores ajenos al enfrentamiento mismo, que contemplan el espectáculo y disfrutan de él, o como espectadores implicados que sin participar del juego participan de la victoria o derrota de su equipo o de su deportista. Es la adhesión a un equipo, del que, aunque no se forme parte activa, se anima y se apoya, se siente parte integrante, se conoce su historia, sus componentes, sus posibilidades de futuro, se sienten como propias sus carencias y se viven sus éxitos. Esta forma de adhesión no encuentra semejanza alguna en casi ningún otro ámbito social. La magnitud y pasión con la que se vive esta adhesión es la que está en la raíz de la utilización del deporte que hace la publicidad, la propaganda, la política, el nacionalismo, etc.

Deporte e investigación

En el deporte se acaba llevando bien al cuerpo o bien al equipo que se emplea al límite de sus capacidades. Cada vez salta más a la prensa el papel imprescindible que tiene la investigación científica en la competición de alto nivel. Los márgenes se estrechan, las diferencias se reducen al mínimo, cada segundo, cada gramo, cada milímetro cuenta, por eso la distancia de la gloria al olvido es apenas medible.

En los experimentos con el propio cuerpo, se junta el conocimiento del alcance y los límites del cuerpo humano entrenado para una actividad con la perversión del **doping**, situación ésta que resulta el mayor de los engaños, la mayor perversión del sentido deportivo, la destrucción misma del deportista. En los experimentos con el material deportivo, muchas veces los avances tienen su traducción a la vida diaria más allá del ámbito mismo del deporte. En deportes tales como la vela, el automovilismo, el alpinismo, el deporte se acaba convirtiendo en un reclamo que usan los patrocinadores para publicitar otros productos que se quieren vender.

Deporte y educación

No hay duda del valor de la práctica del deporte en la educación. Consciente de ello, la administración pública tiene la obligación de encontrarle el lugar y el tiempo adecuado tanto dentro de los planes de estudio como fuera de la enseñanza reglada, obligación que regula mediante la creación de instalaciones públicas o las subvenciones a clubes y asociaciones deportivas con el fin de acercar la práctica del deporte a todos. El deporte, además de fomentar los valores ya mencionados, en el caso de los jóvenes, puede desempeñar un papel importante al ofrecer una forma determinada de administrar el tiempo de ocio. De esta manera se plantean una serie de objetivos por los que luchar y un lugar en el que socializarse, en el que encontrar un grupo de referencia lejos de la violencia de otros ámbitos, las bandas juveniles y las drogas. Esta opción tiene un especial sentido si se desarrolla en ámbitos de exclusión social, al ayudar a estructurar a la persona, se están ofreciendo al excluido cauces alternativos de integración, socialización y promoción personal.

En el ambiente educativo hay que destacar el papel que desempeñan determinados deportistas, constituidos en auténticos líderes sociales, y propuestos como modelos. Personajes como Pau Gasol, Luis Figo y Anatoli Karpov al ser embajadores de buena voluntad de UNICEF, representan un modelo de cómo es posible llegar al éxito profesional y social gracias al esfuerzo y la entrega personal. De esta manera se juntan ante el público el éxito en el deporte, lo que implica competir con otros, y el respeto al otro, al rival, en el respeto a unas reglas. En otras ocasiones, el impacto mediático de algunos deportes los convierte en modelos de hecho. A unos y a otros conviene recordarles el papel de ejemplo y modelo que desempeñan y exigirles que su comportamiento público en el deporte sea conforme a la importancia que tiene el deporte en relación con la educación.

Deporte y negocio

A menudo el deporte se convierte en *un negocio* que, en casos extremos, puede llegar a invertir el orden lógico: no importa ganar, no importa competir, lo que importa es vender camisetas, gorras, equipamiento deportivo...

Lo que importa son los ingresos por publicidad o la marca que visten los deportistas. Incluso, en la trastienda de esta enorme máquina de hacer dinero, los más pobres de la tierra, y los niños trabajadores tejen prendas, cosen balones y pegan zapatillas en condiciones laborales realmente lamentables. La enorme máquina de hacer negocio venderá estos productos en el primer mundo a un precio impensable para ellos.

Las cantidades de dinero involucradas en fichajes, traspasos, retransmisiones televisivas, contratos publicitarios y apuestas, sólo se sustentan desde la perspectiva de este gran negocio mediático que es el deporte que, lamentablemente, cada vez es menos deporte y más espectáculo y al mero espectáculo no cabe atribuirle muchas de las dignidades y ventajas que hemos atribuido al deporte. El agente activo del espectáculo ya no es el deportista; esto, junto con la presión de los medios, del negocio y del dinero que se mueve son caldo de cultivo para la aparición del *doping*, y del uso de los éxitos de los deportistas como forma de propaganda política.

Deporte y política

Además el deporte se convierte en *propaganda política* de una ideología. De todos es conocida la pretensión de utilizar el deporte ya en los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín. Pocas imágenes muestran con mayor fuerza que lo que se quería emplear como un triunfo del nazismo, de la raza aria sobre otras razas, se convirtió en el gran fracaso. La figura del atleta afroamericano Owens en lo más alto del podio, acabó con toda imagen de supremacía. Si estaba previsto que el éxito de los atletas fuera utilizado para demostrar la supremacía de la raza blanca sobre la negra, quiso la historia que fuera justo al revés, que los que Hitler tenía entre los últimos fueran primeros.

Más adelante, durante la Guerra Fría, se siguió repitiendo el uso propagandista del deporte... soviéticos y norteamericanos se dedicaron durante mucho tiempo a mostrar la superioridad del sistema político propio mediante la victoria de sus deportistas sobre los del adversario. Aún hoy, tenemos que ver cómo los resultados en el medallero olímpico tienen una lectura política inmediata, se aprovechan los éxitos para justificar una gestión o los fracasos

para criticar al adversario político. En ocasiones, el objetivo político consiste en crear máquinas de competir: personas que sacrifican su niñez, su desarrollo y hasta su salud por conseguir unos objetivos. Aquí los deportistas son meros peones, sólo importa la inversión en función del rédito político que se pueda obtener. Podemos llegar a que sólo importen las medallas, sólo importe el deporte de elite en la medida que es capaz de conseguir medallas y sólo importa el deporte de base en la medida que es capaz de seleccionar deportistas de elite.

El conocido «pan y circo» es otro de los usos políticos del deporte: con las victorias de un equipo nacional se acallan las críticas, se distrae la atención, se da la sensación de éxito social, de progreso, de avance... No es fácil encontrar un gobierno que no haya capitalizado esta práctica y, en el caso español, es fácil encontrar la utilización del deporte unida a la reivindicación de determinadas pretensiones nacionalistas, sobre todo de algunas comunidades autónomas. La existencia de selecciones autonómicas y la reivindicación del concurso de las mismas a nivel internacional, se ve muy a menudo como una plataforma para conseguir, de forma indirecta, un cierto reconocimiento fuera de un estatus específico que no se reconoce dentro. ■